

## Bases romanas y hebreas del cristianismo en torno al suicidio

*Roman and hebrew bases of Christianity around Suicide*

**Jorge C. García-Carbajo**

Universidad Nacional de Cuyo  
jorgegarciar@yahoo.es

**Nuria Llugany Torres**

Universidad Nacional de San Luis  
nuriallenganytorres@hotmail.com

### Resumen

Diversas situaciones han conducido a muchas personas a tomar la decisión de quitarse, por mano propia, la vida. Esta pérdida del impulso utópico de aquello sin lo cual lo demás se desvanece ha sido objeto de numerosos interrogantes. Ahora bien, ¿cómo influyen los marcos culturales en estas decisiones de autoeliminación?, ¿qué principios y costumbres han tenido las culturas hebrea y romana en torno al suicidio?, ¿qué tipo de recepción hubo en el cristianismo primitivo de estas ideas y disposiciones volitivas?

Además de contar con los mencionados interrogantes como factores articuladores de este artículo, se procedió a la identificación de suicidios en el ámbito de la cristiandad y su clasificación en función de distintas tipologías, así como a una relectura en función de sus intencionalidades y de las modalidades en que se da el *acting out* y el pasaje al acto según la teoría psicoanalítica lacaniana.

Los objetivos que se persiguen forman parte de un proyecto de investigación, que busca indagar en distintas culturas la concepción de la muerte y el campo semántico asociado, desde una perspectiva mitológica en clave psicoanalítica, y tipificar los suicidios a partir de estudio de casos. A tal efecto se realizó un reconocimiento de palabras relacionadas al suicidio en las lenguas hebrea y latina, luego se procedió a un relevamiento textual en fuentes clásicas hebreas, romanas y cristianas, así como a sus

discursos asociados, se identificaron los campos semánticos vinculados a la muerte y al suicidio y, finalmente, se los tipificó, acompañados de una lectura en clave psicoanalítica lacaniana del suceso acaecido, a partir de los discursos examinados.

**Palabras clave:** Suicidio – muerte – psicoanálisis lacaniano – tipologías de suicidio – cultura romana – cultura hebrea - cristianismo

### **Abstract**

Several situations have led many people to make the decision to take their own life. This loss of the utopian impulse of that without which the rest vanishes has been the subject of many questions. Now, how do cultural frameworks influence these decisions of self-elimination? What principles and customs have the Hebrew and Roman cultures had about suicide? What kind of reception was there in primitive Christianity of these ideas and volitional dispositions?

In addition to having the aforementioned questions as articulating factors of the study, we proceeded to the identification of suicides in the field of Christianity and its classification according to different typologies, as well as a rereading of them according to their internationalities and the modalities in which the acting out takes place and the passage to the act according to the Lacanian psychoanalytic theory.

The goals pursued are part of a research project, which seeks to investigate in different cultures the conception of death and the semantic field, associated with it from a mythological perspective in a psychoanalytic key, and typifying suicides from the study of cases. For this purpose, a recognition of words related to suicide in the Hebrew and Latin languages was carried out, then a textual survey was fulfilled in classical Hebrew, Roman and Christian sources, as well as their associated discourses, the semantic fields connected with death were identified and suicide and, finally, we tried to reach to a typification, accompanied by a reading in Lacanian psychoanalytic key of the event that occurred, from the discourses examined.

**Key Words:** Suicide – death – Lacanian psychoanalysis – suicide typologies – Roman culture – Hebrew culture – Christianity

## **Prolegómeno**

Uno de los flagelos de todos los tiempos ha sido el suicidio. Múltiples razones pueden incidir en la toma de decisión de este comportamiento. Existen casos históricos paradigmáticos de suicidios en el pueblo judío, el Imperio Romano y el cristianismo desde la antigüedad. Los diálogos interculturales han impactado sobre las costumbres de los pueblos. A fines de la República

Romana e inicios del Imperio Romano hubo intercambios con los habitantes del Canaán y sus inmediaciones. Las costumbres y las prácticas religiosas han afectado las dimensiones sociológica y psicológica de la vida de romanos y de judíos. Ambas tradiciones influenciaron sobre el cristianismo primitivo. Las costumbres y los valores culturales judíos ligados a la familia y a la conservación de sus tradiciones en el seno de la comunidad sentaron las bases de algunas creencias cristianas y del rechazo claro frente al suicidio; sin embargo, prácticas romanas asociadas al estoicismo, el epicureísmo, el pitagorismo y el platonismo abrieron la posibilidad de considerar el suicidio como una “salida” bajo ciertas circunstancias de legitimación filosófica.

Este trabajo fue desarrollado en el marco de una revisión de antecedentes en torno al suicidio desde una perspectiva psicoanalítica. La metodología empleada se ha centrado en el estudio de casos históricos a través de fuentes antiguas y su ulterior análisis a partir de un abordaje psicoanalítico freudolacaniano y de distintas clasificaciones del fenómeno del suicidio de escuelas no psicoanalíticas y de sociólogos. Los objetivos propuestos giran en torno a establecer una tipificación de los suicidios descritos en fuentes antiguas y medievales, reconocer el *acting out* y el pasaje al acto en las narraciones históricas de los relatos y analizar la incidencia del factor utópico o contrautópico (es decir, en tanto factor de resiliencia frente a situaciones límite o de desesperanza frente a un aparente destino inexorable).

A menudo aparecen menciones del suicidio inspiradas en el patriotismo, la amistad, el amor, la castidad, el deterioro corporal y psíquico, el honor perdido y la gloria no alcanzada. Sin embargo, la conciencia popular y el Estado rechazaban el suicidio con distintos argumentos, pero ¿cómo lo vivían los suicidas de acuerdo con los relatos?, ¿qué se busca mostrar en estos relatos de suicidios?

## El suicidio en la tradición hebraica

Los descendientes de los patriarcas Abraham, Moisés y Jacob cultivaron el sentido de pueblo y de comunidad de Dios que pervive hasta nuestros días. Cada miembro de la comunidad debía salvaguardar el vínculo, luchar por un lugar de descanso (*shejinah*) y alcanzar la redención (*gueulá*) para lograr así la paz (*shalom*). El respeto a la vida es uno de los preceptos fundamentales del judaísmo, de ahí que sea censurado el suicidio. Dicho principio se hace extensivo a los animales como seres de la creación (Oded, Berenbaum y Rabinowitz, 2007). Otro factor es la contención familiar y el lugar que en esta ha tenido la mujer. Al generar estructuras que tienden a reducir los conflictos en el orden intrafamiliar, gracias a papeles parentales muy definidos, la depresión en adolescentes y en adultos ha sido muy baja a lo largo de la historia. Por esta razón entre judíos o israelitas, el suicidio ha sido infrecuente. El sexto mandamiento legado por el patriarca Moisés ha constituido uno de los más fuertes mandatos.

El emplazamiento del cementerio debía ubicarse en un lugar exclusivamente destinado para ello, alejado del resto de la población, y la tumba se excavaba en suelo virgen o se elegía una gruta que operaba como cueva especial. El cementerio se constituyó en un territorio venerado; de ahí que los varones debían colocarse el *quipá o solideo*, al igual que para entrar en la sinagoga. La toma de contacto del cuerpo con la tierra revestía una suerte de consagración e integración a lo sagrado. Por este motivo se proscribía y proscribía cualquier acto de exhumación y el traslado de los restos del difunto (Díaz-Mas y de la Puente, 2007: 157). Sin embargo, los suicidas judíos no podían “hallar su descanso” en el cementerio de sus ancestros. El tabú cultural impide la reunión del suicida con los suyos.

Uno de los suicidios que ha calado profundamente en la identidad del pueblo judío ha sido el de Masada (Josefo, 2003, VII, caps. 8 y 9; Díaz Bourgeal, 2016). En este funesto suceso Flavio Josefo describe en boca de Eleazar:

[...] ¡Ojalá hubiésemos muerto antes de presenciar la ciudad demolida por manos hostiles y el santo templo borrado de la faz de la tierra. Pero ya que nos había animado la ilusión de poder vengarnos, advertid también ahora que, siendo todo vano, salvo nuestra desesperación, debemos morir con bravura. [...] Nacimos para fallecer y para lo mismo nacieron los que engendramos. Los fuertes no evitarán la muerte. No es natural ni obligado que abusen de nosotros, que nos esclavicen, y que nuestras mujeres y nuestros hijos sufran afrentas. [...] Nos rebelamos contra los romanos confiados en exceso en nuestra valentía y no prestamos oídos a sus invitaciones de salvación. [...] Pero nuestras diestras están libres aún, sostienen una espada que reclama ser empleada con gloria. ¡Burlemos, pues la esclavitud! ¡Salgamos de este mundo en libertad con nuestras familias! [...] Los romanos, por el contrario, temen que muramos antes de que nos capturen. Apresurémonos, pues, a dejarles, en lugar del gozo que esperan en perjuicio nuestro el estupor por nuestra muerte y la admiración por nuestro valor.”

[...] el razonamiento les había parecido tan justo, que creían cumplir un deber. [...] Ninguno, pues, careció de valor. Sacrificaron a sus parientes más queridos. ¡Desdichados! Tuvieron por mal menor matar a sus propios hijos y mujeres. [...] Después eligieron a suerte a diez hombres para que sacrificasen a los demás, se tumbaron sobre los cuerpos de sus mujeres e hijos y los abrazaron ofreciendo el cuello a sus fortuitos verdugos. [...] Los nueve presentaron la garganta al ejecutor, y éste [...] incendió el palacio. Luego levantó la espada y se la clavó con enorme fuerza, desplomándose junto a sus parientes. [...]

Este suicidio voluntario en masa buscaba evitar la tortura, por lo tanto estuvo impulsado en parte por el temor, pero adquiere el carácter de *expresión* (*acting out* en sentido lacaniano) como producto de racionalización de las posibilidades y de dejar un mensaje transhistórico que perviviera como símbolo de heroicidad ante la persecución y redención frente a la iniquidad. El pasaje al acto de los suicidios fueron ejecutados por homicidios, donde quienes habían perdido toda esperanza de salvación (pérdida de la utopía) entregaron sus propias vidas en función de una trascendencia. Buscaron liberarse del sufrimiento. Se posterga el impulso de autoconservación por una anticipación de la muerte vivida como liberadora de la opresión romana,

un otro que se vivencia como imposible de superar y ahogados por la angustia de un sinsentido vital.

Ante la imposibilidad de la salvaguarda, pese al mandamiento de “No matar” -a fin de salvaguardar el vínculo, acceder al descanso (*shejinah*) y alcanzar la redención (*gueulá*) en pos de paz (*shalom*)-, se deja el plano de la vida humana para integrarse en el *en-sof*, como una negación del principio vital, convencidos de que habrá Otra Vida. El Otro constituye la cosmovisión abre una alternativa en el no-lugar del anonadamiento de lo Otro que ya no soy yo, sino aquello ante lo cual se resignifica la muerte.

### **El suicidio entre los romanos**

El Derecho Romano penalizó en forma progresiva las distintas formas de suicidio, hasta que finalmente la *Lex Romana* termina por castigar todas las formas de muerte voluntaria, a excepción de los casos en que fuera considerado *insanus* o *furiosus*, de acuerdo con la tradición platónica; tradición que verá al suicidio como el resultado de un trastorno mental pasajero o permanente.

Cicerón expresó su rechazo ante el suicidio en *De senectute* y en *De officiis*, aunque ante el caso de Catón de Útica expresó cierta admiración, puesto que se quitó la vida para no sobrevivir a la pérdida de su libertad y a la victoria del César.

Por su parte, el célebre estoico Séneca, en sus *Epístolas morales a Lucilio* (2016), con su prodigiosa oratoria esgrime una potente argumentación en torno al suicidio, que busca echar por tierra las creencias y costumbres de su época. Establece un parangón entre la vida y el mar, cuya vastedad tiene su límite final (fin común) para un navegante en un puerto (la muerte). La muerte, por tanto, se debe saber elegir, no ha de ser algo que simplemente se padezca, sino que constituye un producto de la voluntad, la racionalidad, la deliberación y el ejercicio de la libertad por encima de las circunstancias o

del destino, ya que se trata de un espacio de escogencia. La vida no es buena por sí misma, sino el hecho de vivir bien (planteamiento típicamente socrático) y no vivir mal (sufriendo, perturbado y como esclavo), contrario al ideal de la *ataraxia*. Entonces, el hombre sabio vivirá cuanto debe, no simplemente cuanto puede; ha de atender a la cualidad, no a la suma cuantitativa de instantes. La vida “se va gota a gota”; hay que concebirla como una nave para navegar o una casa para habitar; si ya no resulta apropiada, habría que dejarla. Sin embargo, las opiniones públicas (las costumbres) —insiste Séneca— plantean que el suicidio es una falta de valor y de fuerza espiritual, una desmesura al caer en la temeridad, una falta de respeto a la vida y que ha de esperarse la salida natural (la muerte natural producto del destino que a cada quien le toque). Pero el preceptor de Nerón insistirá en que “nadie es desgraciado sino por sus vicios” y “si te agrada, vive; si no [...] vuelve de donde viniste”. Esta apología del suicidio está movida psicológicamente por un impulso narcisístico radical, en el que el sujeto niega toda injerencia social, es decir, el Otro, a través de un mecanismo de racionalización que quita toda carga simbólica y religiosa a la vida y la muerte asumiéndola en su inmediatez. La decisión de morir compete al ámbito de lo absolutamente privado de la propia conciencia y voluntad de la persona, donde el Estado no puede inmiscuirse. Inclusive Platón acudirá al mito en función de premios y castigos, aunque no en el caso del suicidio “racionalizado” de Sócrates presente en la *Apología*. Esta acción se legitima en función de que las opciones de vida no resultan aceptables (el exilio o renegar de su propia comprensión de lo debido).

En *Eneida* IV, Virgilio menciona el suicidio de la reina Dido de Cartago, llamada también Elisa de Tiro o la errabunda. Ella se enamoró de Eneas, náufrago al que acoge en su reino. Tras restablecerse Eneas le indica que debía cumplir con su cometido, es decir, dirigirse a Italia, aunque —dice— “no voy a Italia por propia voluntad, sino siguiendo los mandatos de Júpiter” (1997: 129, 360). Seguidamente, los tirios la obligaron a que se casara con el rey libio Jarbas, tras enviudar de su primer marido. Ella alzó una pira en honor

a los Manes y diciéndoles “voy en busca del esposo [Eneas]” y se arrojó sobre una espada, debido a la pérdida sufrida de su amado, quien había reanudado su viaje a Italia. Dido dijo a Eneas antes de su partida:

[...] No te retengo más ni arrebató tus palabras. Vete, sigue a favor del viento a Italia. Ve en busca de tu reino por las olas. Espero, por supuesto, si tiene algún poder la justicia divina, que hallarás tu castigo, ahogado entre las rocas. Y que invoques entonces el nombre de Dido muchas veces. Aunque ausente, he de seguirte con las llamas de las negras antorchas. Y cuando arranque el alma de mis miembros el hielo de la muerte, mi sombra en todas partes ha de estar a tu lado, pagarás tu crimen, malvado. Lo sabré, me llegará la nueva, allá a lo hondo del reino de las sombras” (Virgilio, 1997: 130, 380).

Ya en el libro VI, Eneas se halla en el mundo de las sombras, pasa por el campo de las lágrimas donde moran los que han muerto antes de tiempo, y precisamente allí encuentra a Dido (1997: 195, VI, 449-473); trata de explicarle el porqué de su abandono y además se disculpa porque no pensó en el profundo dolor que le iba a causar. Le suplica que detenga el paso, que lo mire, pero la reina se muestra esquiva, se aparta brusca al fin, huye hostil de su presencia y se acoge a la umbría en que Siqueo, su esposo de otro tiempo, comparte su ternura y con el mismo amor le corresponde.

La lectura lacaniana del suicidio de Dido pone en juego las teorías del *acting out* y del pasaje al acto. Ante el mandato de Apolo, Eneas parte junto con su ejército. En este escenario, Dido realiza una teatralización; es decir, su comportamiento reviste un carácter mostrativo que busca convocar la mirada y llamar la atención de modo provocativo, tanto de su amado como de su hermana. Ella busca que Eneas se sienta culpable y que reflexione, que ponga en mayor valía su amor por ella en lugar de atender a la indicación del dios. Eneas no tiene dudas al respecto y sigue el mandato. No conforme con ello Dido decide castigarlo quitándose la vida. Ella sanciona la utopía en función de la realidad insoportable del desgarramiento angustioso.

Tras pedir a su hermana Ana que prepare una pira votiva con leños, hierbas, armas, prendas de Eneas y el lecho nupcial compartido, decide efectuar su pasaje al acto y quitarse la vida sobre él. Pero en el momento en que clava su espada, su decisión final ya está tomada: quiere dejar este mundo de sufrimiento y angustia por lo que deja la escena angustiada matándose. En este instante efectúa el pasaje al acto y acaece la disolución del sujeto porque carece del objeto de deseo. Aquí se une al objeto “a” (lo perdido y no hallado tras el nacimiento, su vínculo primordial con la madre, causa del deseo según la teoría lacaniana). Dido es puro objeto, puesto que se da un ensimismamiento o retorno al narcisismo primario en sentido freudiano. Nada hay fuera de sí que sea fuente de deseo. El pasaje al acto constituye una salida de la escena y una disolución del vínculo social; es decir, el lenguaje, el elemento vinculante con los otros (“a”), la comunicación se extingue, ya no hay nada que exprese porque se procederá a una última comunicación de despedida ante la ausencia de sentido en el sinsentido de lo inconsciente. Por lo tanto, al cortar todo vínculo corta con el deseo y acaba con su vida, pero antes busca que su final resulte significativo; indica el motivo del corte radical. En el *Seminario 5, “Las formaciones del inconsciente, 1957/8, Lección del 11/12/1957”*, Lacan sostiene que “el *acting out* es también y siempre un mensaje”.

Según la tipología del suicidio de P. Jousset (1858), el de Dido se puede clasificar como *melancólico de tipo compulsivo o anómico*, debido a que hay irritación, hastío, recriminaciones violentas contra la vida en general y contra una persona en particular: Eneas. El no poder alcanzar la utopía y sumirse en una realidad que resulta insoportable conduce a la supresión de sí como única posibilidad pacificadora, en un anonadamiento del sentir y del subsistir (Durkheim, 2009; Rojas Montes, 1984). Se relaciona con una extrema depresión, resultado de una impulsión brusca e inmediatamente irresistible. Enrique Rojas Montes (1984) tipifica el suicidio bajo distintas categorías, a saber: a) según su etiología, se trata de un *suicidio neurótico* (por la teatralidad, sufrimiento debido a la sensación de falta de cariño,

sentimientos de culpa, ansiedad, miedo y luego lo manifiesta autolesionándose [1997: 130, IV, 385-395]); b) según la forma, *suicidio reflexivo* (puesto que se caracteriza por un análisis detenido de la idea de suicidio, frecuente en personas deprimidas [Virgilio, 1997: 133, IV, 490-500]); c) según la técnica, *suicidio de técnica intermedia*, ya que estaría en la zona intermedia entre los de técnica suave y brutal; d) según el grado de cumplimiento o pasaje al acto de la intencionalidad, *suicidio con intención de morir* (pues es un acto autolesivo, al quitarse la vida con una espada, con resultado letal y deliberadamente iniciado y realizado por Dido sin la intervención de terceros); también es *suicidio como huida* (de una situación insostenible, ya que al vivir sin su amado la vida se torna agónica) y trata de efectuar un *chantaje suicida* o *chantaje afectivo* (Duché, 1978; Alonso Fernández, 1985) (porque, con su muerte, pretende castigar a Eneas, busca llamar su atención y generar una suerte de castigo psicológico a Eneas, a quien responsabiliza por su decisión a modo de llamado de atención extremo), además es *suicidio por balance existencial* (tras sopesar el derrotero de su vida, Dido visualiza como proyección de sentido justamente un sinsentido doloroso, tras lo cual decide ponerle fin). Teniendo en cuenta la relación de integridad con la sociedad, es un *suicidio egoísta* (Durkheim, 2009), puesto que prima el yo individual al alejarse el individuo de la sociedad (Dido cae en un individualismo, rompe los vínculos con los demás y no encuentra motivos para vivir, por lo cual busca la muerte sin tomar en consideración a los demás, es decir, a su hermana, al mismo Eneas e incluso a su pueblo). También se puede pensar como un *suicidio anómico* (ya que, en un raptó de impulsividad, la dominan la furia y la frustración, producto de que no asimila o controla la situación, llega al suicidio como escapatoria y castigo); e) según los resultados, se trata de un *suicidio consumado o completo*, pues se ha llevado a cabo efectivamente; f) según el curso evolutivo, es un *suicidio único*, ya que el acto logrado no ha contado con un ensayo previo; g) según la gravedad, un *suicidio mortal*; h) según el número de personas que participan en el acto, es de tipo *individual o personal*; i) según la conciencia del acto, es *consciente*, en tanto Dido se mata en pleno

uso de sus facultades, y *de intención consciente*, ya que es un acto deliberado con conocimiento de sus consecuencias; y j) según la actitud del sujeto ante su vida, resulta un *suicidio activo* (Mansilla Izquierdo, 2010; Giner Jiménez, 2010), puesto que la propia Dido se da muerte, tiene una intención autoagresiva que, además, es consumada. De acuerdo con Virgilio (2016: 118, IV, 380-388), Herbert Hendin (1951), Jean Baechler (1979) y Madelyn Gould (2012), se trataría de un suicidio a modo de *castigo ante el abandono*, pues se sintió agraviada por el rechazo y abandono (en cuanto reina, le dijo: “no me puedes dejar, yo te dejo”), indicio claro de su orgullo real. Al realizar su pasaje al acto, demuestra su poder y control para enmascarar los sentimientos de desesperanza y el deseo de revancha tras su abandono. Con esto el sujeto busca controlar de forma ilusoria (utópicamente) la situación de rechazo experimentando una sensación de omnipotencia a través de la muerte. Así Dido espera que Eneas reciba como castigo la muerte en la costa de Italia. También es un suicidio *como castigo o inmolación*, porque al sucumbir siente que llegará a recuperar su objeto de deseo (Eneas), propio de una persona melancólica y delirante. Su suicidio es *escapista*, porque aparece como un medio para huir del dolor ante la ausencia del ser amado. Este tipo de suicidio admite, a su vez, tres subtipos que se dan en este caso, a saber: es *de huida del dolor de la pérdida* (llamado *suicidio por desesperación* según Alonso Fernández, 1985), ya que se vive como una situación insoportable empapada de soledad y desesperanza; *de duelo* por no tener ya más al ser amado y de *castigo* porque quiere hacer sufrir al ser amado por haberla abandonado al seguir la orden de Apolo. Sin embargo, también puede considerárselo *agresivo*, puesto que quiere matarse como una venganza a Eneas por haberla dejado, chantajearlo porque le dice a su amado que la vida ya no tiene sentido sin él y que será responsable de su decisión, y, finalmente, se trata de suicidio *de llamado*, pues busca que él retorne a ella y que lo volverá a ver tras la muerte del propio Eneas. Para Antonio Fernandes da Fonseca (1985) es *tentativa verdadera* de suicidio, por ser una preparación concretada en un daño; esto es, *acting out* y pasaje al acto ambos conjugados. Por lo tanto, el suicidio de Dido se puede

caracterizar como neurótico, producto de un estado melancólico de duelo que se torna compulsivo; anómico y egoísta, que busca efectuar en Eneas un chantaje afectivo, castigarlo y huir de este mundo como producto de un balance existencial negativo, consumado de forma activa y autolesiva.

### **La tradición cristiana**

Mientras el estoicismo era una filosofía de la desesperanza, el cristianismo se entrona en la esperanza de la vida eterna, en el paraíso y la bondad de Dios para aquellos que hayan orientado virtuosamente sus fuerzas más allá de la vida terrena y se acerquen a Dios. Sin embargo, los primeros cristianos asimilaron el ideal estoico de la imperturbabilidad y la resignación ante la muerte, aunque con un sentido diferente. En este mundo nada tiene un sentido por sí mismo, lo que había que alcanzar era la vida eterna en el paraíso. Para Álvarez ello constituye una de las principales razones que explican el martirio en muchos de los primeros cristianos. Negar a Cristo no era una opción, pese a que el mismo apóstol Pedro había negado tres veces al Hijo de Dios. Hasta el siglo IV, el martirio fue considerado como un gesto heroico y una forma de liberación por medio de la muerte, esperada y buscada casi con cierta impaciencia como la gloria eterna. De esta manera, el deseo de suicidarse no constituyó una decisión tortuosa, sino una salida alternativa a la desesperanza en el mundo de los hombres. Los mártires aceptaban la muerte como un modo de escapar al deshonor, la violación y la violencia de este mundo, para abrazar la beatitud en el reino de los Cielos: resignar el placer y los deseos mediatos por un placer mayor de nivel inmediato. Si bien “el martirio voluntario” era una forma altruista de obtener la gracia divina, al mismo tiempo la iglesia perdía también seguidores; es decir, aminoraba el número de personas que apoyaba la causa cristiana.

En el Antiguo Testamento la prédica sostiene el mandamiento de “No matarás” (Ex 20, 13; Dt 5, 17), sin embargo aparecen referencias como la del Primer libro de las Crónicas, 10, 4-6, donde se indica: “Entonces dijo Saúl a

su escudero: Saca tu espada y traspásame con ella, no sea que vengan estos incircuncisos y hagan escarnio de mí; pero su escudero no quiso, porque tenía mucho miedo. Entonces Saúl tomó la espada, y se echó sobre ella. // Cuando su escudero vio a Saúl muerto, él también se echó sobre su espada y se mató. // Así murieron Saúl y sus tres hijos; y toda su casa murió juntamente con él.”. La prohibición de matar a otros y a sí mismos sigue vigente en el Nuevo Testamento (Mt 5, 21; 19, 18; Lc 18, 20; Ro, 13, 9; 2, 11; Mr 10, 19).

En la antigua doctrina cristiana no se observan prescripciones respecto del suicidio, dado que no figuran comentarios adversos ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento. En el Antiguo figuran cinco suicidios legendarios: el de Sansón, el de Saúl, el de Abimetech, el de Razis y el de Ahitofel. Ninguno recibe comentarios negativos. El de Sansón, en *Jueces* 17, 242, se titula *Venganza final y muerte de Sansón*. Refiere a un suicidio y homicidio colectivo por venganza de tres mil hombres y mujeres. Este personaje había sido capturado por sus enemigos los filisteos y decidió acabar con ellos inmolándose. Para ello, tras su captura pidió se lo llevara hasta las columnas que sostenían el edificio y luego con su fuerza las derrumbó. Se trata así de un ejemplo de sacrificio de la propia vida por la venganza y liberación. El segundo caso, en *Samuel*, I, 31, intitulado “*Muerte de Saúl en Gelboé*”, se plantea un suicidio para evitar que lo deshonraran los filisteos, acompañado por el de su escudero debido a la necesidad de liberarse de una falta o desobediencia ante su rey. El tercer caso está referido a Abimélec quien, tras asediar a la ciudad de Tebes, fue atacado por una mujer. Esta le rompió el cráneo de un pedrazo y, para evitar la deshonra de ser muerto por mano femenina, pide a su escudero que le quite la vida (*Jueces*, 10). El cuarto caso se cita en *Macabeos* II, 15: el senador Razis, llamado padre de los judíos, luchó contra los sirios y, para no morir por sus manos, decidió matarse y conservar su honra. Y, en quinta y última mención del Antiguo Testamento, Ahitofel, consejero del rey Absalón, se ahorcó después de darse cuenta de

que el rey había rechazado su consejo (Samuel II, 17-23), quizás a modo de chantaje o rebelión.

En el Nuevo Testamento se registra el suicidio de Judas Iscariote, el cual no es considerado como una falta, sino como muestra de su arrepentimiento. En la *Biblia*, se describe su muerte como ejemplo de arrepentimiento y remordimiento por haber entregado a Jesús por treinta monedas de plata, que devolvió a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos argumentando que había entregado a un inocente. A ellos no le importó, entonces Judas tiró las monedas en el templo y se ahorcó (Mateo, XXVI, 14).

La idea de suicidio como pecado llega tardíamente a la doctrina cristiana, como idea subsidiaria del sexto mandamiento: “No matarás”. El primero en demostrar claramente el antagonismo de la idea del suicidio con el sexto mandamiento fue San Agustín, quien retoma el argumento platónico y pitagórico de que la vida es un don de Dios y de que las acciones personales no deben acortar los sufrimientos que han sido divinamente ordenados. La paciencia con que se soportaban los padecimientos daba la medida de la grandeza del alma. Este concepto había sido planteado por los estoicos. Matarse solo demuestra que no se ha aceptado la voluntad divina.

En el cristianismo primitivo, la patrística presenta dos posiciones: una moderada y una abiertamente contraria al suicidio, ejemplificadas a través de las figuras decisivas de Lucio Cecilio Firmiano, conocido como Lactancio (250-325), del obispo Eusebio de Cesarea (263-339) y de San Agustín de Tabaste (354-430). Según Ibarra Benlloch (1994), tras la destrucción de la iglesia de Nicomedia (el 23 de febrero de 303) y el edicto de persecución contra los cristianos, Diocleciano se enfurece con los servidores del palacio, detiene a los presbíteros y ministros del culto en compañía de sus familiares y comienza el aniquilamiento de todos los cristianos de Nicomedia y Bitinia en general, persecución que se expande a todo el Imperio (Lactancio, *mort.* XV, 1 y 3 citado por Moreau, 1954). Hombres y mujeres saltaban al fuego con

un fervor divino inefable (Eusebio, *Histoire Ecclésiastique*, VIII-X, 6, 6, citado por Lawlor & Oulton, 1954). De acuerdo con Eusebio el suicidio por el que optan los cristianos es un suicidio por la pureza, es decir como un modo de abstraerse a la maldad de los impíos (una madre y sus dos hijas se tiran al río Orontes para evitar ser ultrajadas por los soldados (Barby, *Eus. p. e.*, XIII, 12, 3). Se trata de un huir de este mundo al más allá, coincidente con las doctrinas expuestas por Platón en *Teeteto* y *Fedro* (246d-248c) o por el mismo Plotino (*Enéadas* I, 1, 8, 16-21). El propósito es salvar el alma del pecado de la impiedad y del mancillamiento.

Por su parte, Lactancio adopta una posición de completo rechazo y condena contra el suicidio y las actitudes suicidas. Matar es siempre nefasto (*Instituciones divinas*, III; Tejada, 1982), por lo cual arremete contra pitagóricos (quienes sostenían que el alma no nace ni muere con él) (III, 18, 5) y contra los estoicos (que exaltan el caso de Catón en Útica que busca suicidarse para no vivir en un mundo gobernado por Julio César y evitar tener que rogar por su vida). El cristiano tiene una lucha o combate espiritual entre espíritu y carne (III, 18, 12). El intelecto induce a pecar al cuerpo, porque el pecado es voluntario. Los filósofos conciben la virtud como la fortaleza del ánimo pero evitan enfrentarse a lo desagradable y se suicidan por miedo o temor a sufrir y padecer dolor, lo cual constituye un acto de cobardía. Por lo tanto, matar es siempre un pecado. El suicidio es concebido por Lactancio como un homicidio producto de la inepticia del homicida (Moreau, 1954; Tejada, 1982).

San Agustín (354-430) también adoptará una postura firme en contra del suicidio. Examina el caso de Lucrecia, ilustre romana que, por haber sido mancillada por el hijo del rey Tarquino el Soberbio, decide quitarse la vida por “torpeza cometida en su persona” (*De civitate Dei*, I, 19 y 22). El obispo de Hipona indicará en la *Ciudad de Dios* (1997, I, 19): “No matarás a nadie, ni a ti, ni a otro, ya que el que se mata a sí mismo, ¿no es acaso el asesino del hombre?”. Para él, no había causa atenuante. El sacrificio de Lucrecia fue

considerado inútil e incluso reprobable. La iglesia irá aplicando progresivamente condenas al suicidio (Amador Rivera, 2015: 97).

El cristianismo se basa en la creencia de que el cuerpo humano es vehículo de un alma inmortal la cual será juzgada, no en este mundo, sino en el próximo. Todas las almas son inmortales y, por lo tanto, todas las vidas son igualmente valiosas. Si la vida misma es un don de Dios, rechazarla es rechazarlo a Él y frustrar su voluntad; matar su imagen, matarlo a Él. Esta situación ofrece directamente un pasaje de ida a la condena eterna (Álvarez, 1971; 1999: 18).

Los concilios católicos expresaron su desaprobación del suicidio, lo prohibieron e indicaron que representaba un atentado no solo contra uno mismo sino contra Dios. El Concilio de Orleáns, en 533, negó los ritos funerarios a quien se matara tras haber sido acusado de un delito. Por lo tanto, seguía en vigencia la ley romana para salvaguardar el derecho del estado a la herencia del suicida. También se condenaba al suicidio como falta en sí y como crimen más serio que otros. A los criminales corrientes se les concedía sepultura cristiana. En el 562, el Concilio de Praga negó los ritos funerarios a todos los suicidas, independientemente de su posición social, razón o método utilizado. Más tarde, en 693, el Concilio de Toledo estableció que incluso el intento de suicidio era causa de excomunión. En el siglo XI, San Bruno llamó a los suicidas “mártires de Satán”.

Santo Tomás, dos siglos después, condenó al suicidio declarándolo un pecado mortal contra Dios, pues Él daba la vida; también lo consideró un pecado contra la justicia y la caridad. El pecado más grave, el único irremediable. Pero el Aquinate introduce cierta moderación en los códigos tanto laico como canónico, al añadir el concepto de irresponsabilidad. Enumera una serie de enfermedades que lo podían provocar como la histeria y la epilepsia; y razonaba que la persona podía también actuar por una ofuscación pasajera, es decir, por emoción violenta. Admite entonces las excepciones del *furiosus*

y del *insanus* del derecho romano, al introducir el concepto del suicidio patológico.

Con todas estas opiniones se comienza a tener en cuenta la importancia de marcar una diferencia entre el mundo religioso y la enfermedad mental. En un segundo período se lo condenó, sin excepciones. La idea de crimen y de homicidio estaba siempre presente, ya que se lo juzgaba un acto sacrílego relacionado íntimamente con el Mal, la Salvación y el Castigo. Por ende la prohibición se fue radicalizando. Más tarde, desapareció la penalización y el castigo, pero fue silenciado totalmente, como si hubieran desaparecido. Esto ocurre porque en la Edad Media la religión católica capta todo lo occidental, no acepta al suicida y le propone como castigo el infierno. Considera que, a pesar de los sufrimientos en vida, la persona puede gozar de la felicidad eterna después de la muerte.

La iglesia del siglo XX se torna menos punitiva en torno al suicidio y acepta la existencia de una alteración mental en el acto de matarse; no obstante, ese discurso nunca se revisó y amplió. Las últimas palabras en torno al suicidio fueron del Papa Juan Pablo II, quien retomó la oposición frente al suicidio, el aborto y la eutanasia, afirmando que estos delitos atentan contra la vida, semejante al homicidio.

#### Referencias bibliográficas

ALONSO-FERNÁNDEZ, F. (1985). Conducta suicida en la adolescencia. Un ensayo de penetración comprensiva en las estadísticas. *Psicopatología*. Recuperado de <psycnet.apa.org>.

ÁLVAREZ, A. (1999), *El Dios salvaje. Un estudio del suicidio*. Bogotá: Norma Literatura.

BAECHLER, J. (1979). *Les suicides*. New York: Basic Books.

BARDY, G. (1984). *Eusèbe de Césarée. Historie Ecclesiastique. Livres VIII-X et les Martyrs en Palestine*. París: Éditions du Cerf.

CHEMAMA, R., y VANDERMERSCH, B. (2004). *Diccionario del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

CICERÓN, M. T. (2006). *Tratados filosóficos I. Lelio o sobre la amistad – Catón el Mayor o sobre la vejez – El sueño de Escipión*. Introd., trad. y notas de Jorge Mainero. Ed. bilingüe. Buenos Aires: Losada.

- CICERÓN, M. T. (2009). *Acerca de los deberes*. Introd., versión y notas de Rubén Bonifaz Nuño. Ed. bilingüe. D. F. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- DELEHAYE, H. (1912). *Les origines du culte des martyrs*. Bruxelles: Bureaux de la Société des Bollandistes.
- DÍAZ BOURGEAL, M. (2016). Masada, un mito fundacional de la memoria colectiva israelí: Un ejemplo de usos políticos del pasado. *Revista Historia Autónoma: Revista Multidisciplinar de la Asociación Historia Autónoma*, 8, 53-67.
- DÍAZ-MAS, P., y DE LA PUENTE, C. (2007). *Judaísmo e Islam*. Barcelona: Crítica.
- DUCHÉ, D. (1978). *La psiquiatría del niño*. Barcelona: Oikos-Tau Ediciones.
- DURKHEIM, É. (2009). *El suicidio*. Buenos Aires: Libertador.
- EVANS, D. (2008). *Diccionario introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- FERNANDES DA FONSECA, A. (1985). Epidemiología y clasificación de los actos suicidas [Epidemiology and classification of suicidal behavior]. *Psicopatología*, 5(2), 101-107.
- FREUD, S. (1984). *Obras completas*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu.
- GINER JIMÉNEZ, L. (2010). *Diferencias en la conducta suicida. Estudio comparativo entre los intentos de suicidio y el suicidio consumado* (Tesis Doctoral). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- GOULD, M. (2012). *Youth Suicide: Risks and Prevention*. New York: Hope for Depression Research Foundation y New York State Psychiatric Institute, Columbia University.
- HARARI, R. (1981). *Del corpus Freud-Lacaniano*. Buenos Aires: Trieb.
- HARARI, R. (1987). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis de Lacan: una introducción*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- HARARI, R. (2000). *¿Qué sucede en el acto analítico?* Buenos Aires: Lugar.
- HARARI, R. (2007). *El Seminario La Angustia de Lacan, una introducción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HENDIN, H. (1951). Psychodynamic motivational factors in suicide. *Psychiatry Quarterly*, (25), pp. 672-678.
- IBARRA BENLLOCH, M. (1994). Diferencia de pareceres entre Lactancio y Eusebio de Cesarea en torno a la muerte voluntaria del cristianismo en testimonios de su fe. *Anuario de Historia de la Iglesia*, (3), 95-108.
- JOSEFO, F. (2003). *La guerra de los judíos*. 5 ed. D. F. México: Porrúa.
- JOUSSET, P. (1858). *Du suicide et de la monomanie suicide. Étude sur l'Étravagance naturelle et l'Étravagance morbile*. París: Ballière et fils.
- LACAN, J. (2007). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 5 Las formaciones del inconsciente, 1957-1958*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós.
- LAPLANCHE, J., y PONTALIS, J.B. (2007). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- LAWLOR, H. J., & OULTON, J. E. L. (1928, 1954). *Eusebius Bishop of Caesarea. The Ecclesiastical History and the Martyrs of Palestine*. London.
- MANSILLA IZQUIERDO, F. (2010). *Suicidio y prevención*. Palma de Mallorca: Intersalud.

- MOREAU, J. (1954). *Lactance. De la mort des persécuteurs*. París.
- ODED, B., BERENBAUM, M., & RABINOWITZ, L. (2007). *Ammon, Ammonites*.
- PLATÓN (2000). *Diálogos I. Apología – Critón – Eutifrón – Ión – Lisis – Cármides – Hipías Menor – Hipías Mayor – Laques – Protágoras*. Madrid: Gredos.
- PLATÓN (2000). *Diálogos III. Fedón- Banquete- Fedro*. Madrid: Gredos. Introd., trad. y notas de C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Iñigo.
- ROJAS MONTES, E. (1984). *Estudios sobre el suicidio*. Bogotá: Salvat.
- SAN AGUSTÍN DE TAGASTE (1997). *La Ciudad de Dios*. D.F. Porrúa.
- SÉNECA, L. A. (2016). *Epístolas morales a Lucilio*. t. I y II. Trad. y Notas de Ismael Roca Meliá. Cayfosa (Barcelona) - Madrid: RBA-Gredos.
- SKOLNIK, L. I., & BERENBAUM M. (2007). Suicide. *Encyclopaedia Judaica* (19). Detroit: Macmillan.
- SOLER, C. (2007). *Estudios sobre las Psicosis*. Buenos Aires: Manantial.
- TEJADA, R. (1982). *Lactancio. Sobre la muerte de los perseguidores*. Madrid: Gredos.
- VIRGILIO. (1992). *Eneida. Los clásicos de Grecia y Roma*. Madrid: Planeta & De Agostini.